

car. ¿No se precian de no deber su poder más que á su espada? Si hacen mención de Dios, dice el ciudadano de Ginebra, es porque Dios está en el cielo.

¿Quiere esto decir que el interés que tienen los pueblos en la conservación de la paz no acabará por iluminarlos? La cosa es evidente, y esta gran revolución está ya medio realizada. Pero ¿qué ha sido necesario para esto? Que las sociedades se organicen de manera que el interés general domine en ellas sobre el interés particular de los príncipes; es decir, que el antiguo régimen ha tenido que ser reemplazado por el régimen inaugurado por la revolución. Pero ¡cosa notable! En el proyecto del abad de Saint-Pierre, las revoluciones, aun las más legítimas, serían imposibles. En efecto, inmoviliza los Estados, su constitución interior así como sus límites exteriores. Una de las grandes ventajas que promete á los príncipes para aficionarlos á su proyecto es que los garantiza contra toda rebelión. Para mejorar el estado social, hubiera sido preciso que los príncipes tomasen la iniciativa de las reformas, es decir, que se despojasen á sí mismos de ese poder que dicen haber recibido de Dios y de su espada. Hé aquí, ciertamente, la más imposible de las imposibilidades. La utopía de Saint-Pierre, suponiendo que fuese realizable, hubiera perpetuado en Francia el reinado de las prostitutas reales, en Prusia el régimen del sable, en Austria la dominación de una devoción estúpida. ¡Dios nos libre de semejante utopía!

Analizando la obra del buen abad, Rosseau se deja contagiar por sus errores. Considera la paz perpetua bajo el punto de vista de la caridad: "Voy á ver, exclama, al menos en hipótesis, que, los hombres se unen y se aman; voy á pensar en una dulce y pacífica sociedad de hermanos, viviendo en una eterna concordia, todos felices con la felicidad común." El cuadro es seductor, pero tiene sombras y manchas. ¿Qué es de la libertad en esta sociedad pacífica? Sigue siendo lo que era en el momento en que los príncipes han firmado su alianza, especie de garantía mutua contra toda revolución. ¿Qué es del derecho en esta sociedad fraterna? Es sacrificado á la paz lo mismo que la libertad. Hombre de caridad, Saint-Pierre no tiene ni aun idea del derecho. Y, sin embargo, su confederación tiene por objeto reemplazar el empleo de la fuerza por una justicia regular. Para que reine

la justicia es preciso ante todo que el derecho sea respetado. Ahora bien, ¿cuál es la base de la confederación? ¿Es la posesión, tal cual resulte en el momento de la celebración de la alianza, de los azares de la guerra y de la victoria? Comienza, pues, por consagrar el hecho brutal de la conquista. ¡Singular manera de inaugurar el reinado del derecho! Pero pasemos por este primer sacrificio, por más que sea inmenso. ¿Reinará al menos el derecho en el porvenir? No, la justicia de Saint-Pierre es una justicia política: lo subordina todo á la conservación de la paz. Si ocurre una sucesión, la dieta tendrá que examinar, sino á quien corresponde según los tratados, sino á quien debe adjudicarse para que no se rompa el equilibrio de poderes. Esto es el reinado del interés y no el de la justicia. Se dirá que es el interés general el que debe predominar al interés particular. Es cierto mientras no haya colisión de intereses, pero no lo es en cuanto el interés general entre en colisión con el derecho; si en este conflicto el interés domina sobre el derecho, ya no es posible hablar de justicia. Pues bien, esto es lo que hace Saint Pierre. La base de su política es la famosa máxima que la salvación política es la ley suprema. Si la salvación pública exige que un príncipe falte á su palabra, puede hacerlo y aun debe violar sus compromisos, porque siempre hay en todo lo que promete una restricción mental, la de que las obligaciones que contraiga no sean contrarias á la salvación pública (1).

El abad utopista no ha echado de ver que la máxima del interés general sobre la que construye su edificio le arruina en sus cimientos. ¿Qué es en el fondo el interés sino la fuerza, cuando se admite que toda consideración de justicia debe ceder ante esta ley suprema? Federico II invadió la Silesia fundándose en esta misma ley con que Saint-Pierre pretende sentar la base de la paz. ¿Qué hubiera podido responder el abad al rey? ¿Se hubiera dicho que comprendía mal su interés? Pero la salvación pública es una cuestión de vida ó muerte, y en este debate el mejor juez es aquel cuya existencia está en tela de juicio. La doctrina del interés conduce, pues, á legitimar el egoísmo de los príncipes y á justificar todo lo que la ambición les inspira. ¿Cómo ha de asegurar la paz semejan-

(1) SAINT-PIERRE, *Obras*, t. VIII, p. 121 y siguientes.

te política? La dieta de Saint-Pierre quita á un príncipe su derecho á una sucesión en nombre del interés general. Si este príncipe no quiere sufrir esta injusticia, si prefiere separarse de la alianza, ¿qué hará la dieta? Le hará la guerra, responde nuestro pacífico abad. Hará, pues, la guerra para sostener una iniquidad, en nombre de un pretendido interés general. Pero el príncipe despojado podrá replicar que el mayor de todos los intereses es el respeto del derecho. Sin embargo, preciso será que ceda, en el sistema de la confederación europea. De modo que la fuerza, bajo el nombre del interés, triunfará de la justicia. Á la verdad, no vale la pena de imaginar una utopía para llegar á semejante resultado.

No queremos despedirnos en tan malos términos del abad de Saint-Pierre. Para hacerle justicia es preciso juzgarlo como hombre de sentimiento y de caridad. Creó, ó á lo menos rehabilitó, la palabra *beneficencia*, y merece ser llamado *hombre de bien*. Para él la religión se reducía á un solo artículo de *caridad bienhechora hacia todo el mundo para agradar á Dios*. De aquí su tolerancia, que hace feliz contraste con las mezquinas pasiones que perturbaban la Iglesia en la primera mitad del siglo XVIII. Á los que decían que era preciso perseguir por celo de la verdad, el buen abad respondía que no debía sostenerse la verdad á costa de la caridad, que los errores, siendo involuntarios, no hacían nunca mal á la sociedad, al paso que la persecución causaba un mal real, destruyendo la caridad. La caridad le inspiró también su aversión á los conquistadores; decía que esos héroes tan admirados eran la imagen de Satanás, puesto, que como el príncipe de los demonios, procuraban hacerse temer por su maldad y su poder (1). El abad de Saint-Pierre se atrevió á atacar al gran rey que llenaba la Europa con su nombre y que empobrecía y desmoralizaba á Francia. En su servilismo, la Academia excluyó al temerario escritor que había tenido el valor de decir la verdad. La posteridad, sin participar de sus ilusiones, le agradecerá la honradez de sus deseos. Y hasta realizará su sueño, en los límites de lo posible; pero, más exigente que el utopista, tendrá en cuenta la libertad y el derecho tanto como la caridad.

(1) Véanse acerca de los sentimientos de caridad de SAINT-PIERRE sus *Anales políticos*, t. II, p. 658, 637; t. I, p. 266.

N.º 2.—*La idea de paz perpetua.*

La idea de paz perpetua es un sueño tan antiguo como el mundo. Le hemos encontrado en la antigüedad cuando imperaba sin rival la fuerza: no pudiendo esperar los hombres que se realizase nunca la paz sobre la tierra, la fingieron en la edad de oro ó en pueblos fabulosos. En la edad media podía creerse que la palabra sacrilega de Hobbes era una verdad: era la guerra de todos contra todos. Sin embargo, en medio del desbordamiento de violencia, un gran poeta concibió el proyecto de una monarquía universal que realizase en la tierra la justicia. La *monarquía* del Dante no es una concepción especial suya: era una consecuencia de la organización de la cristiandad, cuyo jefe, el emperador, tenía, como vicario temporal de Cristo, la misión de hacer reinar el derecho en el universo cristiano. Al principio de la era moderna, Enrique IV dió forma á estas esperanzas de paz que la humanidad tiene siempre, á pesar de las guerras permanentes que la desolaban: reemplazó la idea del imperio por la idea de la asociación (1). El abad de Saint-Pierre dió su nombre á este proyecto de confederación europea. No alcanzó fortuna entre los príncipes, y en Francia mismo, según Voltaire, se hizo un poco ridículo por el exceso de sus buenas intenciones. Esto no impidió que la idea de paz perpetua le sobreviviera. En el siglo XVIII hubo un inmenso movimiento de cosmopolitismo: filósofos y políticos predicaron á porfía que los pueblos son hermanos y sus intereses solidarios. Esto era propagar, bajo otras formas, las ilusiones del buen abad.

"¿Por qué, dice Raynal, Europa entera no se ha de someter un día á la misma forma de gobierno que Alemania? ¿Por qué no ha de haber la asamblea de la Europa, como hay la asamblea del imperio? ¿Por qué, componiendo los príncipes este tribunal cuya autoridad sería aceptada por todos y sostenida universalmente por todos contra un solo rebelde, no se había de realizar el bello sueño del abad de Saint-Pierre?" En otra parte, Raynal manifiesta el deseo de que se realice la paz, sin designar una organización particular de la Europa (2).

(1) Véanse los volúmenes precedentes de mis *Estudios*.

(2) "Hágase oír la voz de la filosofía y de la razón á los se-

Pensando en los progresos futuros de la humanidad, exclama: "¡No, no es posible que se eternice el arte infernal de los combates! El universo acabará por aborrecer á esos odiosos conquistadores que prefieren ser el terror de sus vecinos á ser padres de sus súbditos... Ya no se engañará á la humanidad acerca de los objetos de su admiración. Los azotes serán considerados como azotes..."

No proseguiremos. *Raynal* mismo, después de haber expresado sus esperanzas filosóficas, confiesa que son una ilusión; que las disputas de los príncipes son interminables como sus pasiones, y que siempre se decidirán por medio de la espada. Los filósofos se movían dentro de un círculo vicioso. Por más que apelaban á la fraternidad de los pueblos, conocían que los reyes eran un obstáculo para que las naciones contrajeran su santa alianza. Pero, por una singular contradicción, la mayor parte de entre ellos tenían poco aprecio á las masas; aristócratas por la inteligencia, celebraban la monarquía y esperaban de ella la iniciativa de esa revolución que todos presentían y que muy pocos hubieran aceptado si hubiesen asistido á sus terribles convulsiones. En este estado de los espíritus, la paz perpetua debía parecer un sueño, como dice *Raynal*. Casi en vísperas de la revolución, un escritor se puso á formular las esperanzas de toda especie que agitaban á la sociedad. *Mercier* hizo un cuadro de Francia tal como estaría constituida en el año 2440. Las cosas han cambiado mucho en algunos siglos. El abad de Saint-Pierre no es despreciado ya como un visionario: sus ilusiones se han realizado: los reyes, de común acuerdo, han puesto límites á su imperio, límites que habían sido marcados por la naturaleza misma al separar los diversos Estados por medio de mares, bosques ó montañas. Los sabios de las naciones han dictado el tratado general y aprobado por unanimidad. Las preocupaciones que dividían á las naciones han desaparecido: "El Indio y el Chino, dice *Mercier*, han llegado á ser nuestros compatriotas. Acostumbramos á nuestros hijos á considerar el universo como una sola y una misma familia, reunida á la vista del padre común..."

hombres del mundo! ¡Ojalá á todos los soberanos, después de tantos siglos de errores, prefieran la virtuosa gloria de hacer la felicidad de un pequeño número á la ambición frenética de dominar en regiones devastadas y en corazones destrozados! ¡Ojalá á todos los hombres, llegando á ser hermanos, se acostumbren á mirar el universo como una sola familia reunida bajo un padre común!

Se dirá que este cuadro corresponde el año 2440 y que aún estamos lejos de aquella edad feliz. A fines del último siglo había infinitas esperanzas en las almas agitadas por el soplo de la revolución, pero se la imaginaban pacífica y benéfica, á la manera de *Mercier*. Según los escritores, creíase estar en vísperas de la edad de oro. *Herder* no es un utopista: historiador y filósofo, sabía que el progreso no se realiza sin lucha, y que se realiza imperfectamente, puesto que tiene por órganos criaturas imperfectas. Pero *Herder* participaba de los nobles sentimientos y de las elevadas aspiraciones del siglo XVIII: era el sacerdote y el profeta de la humanidad. Para él, los sueños de Saint-Pierre no eran sueños, precisamente porque eran el sueño de un hombre honrado. Si el buen abad resucitase, dice el escritor alemán, vería que sus deseos han llegado á ser la aspiración de toda inteligencia un poco elevada (1). Esto no es una exageración. Hallamos las ideas de Saint-Pierre en los hombres más positivos, en los matemáticos y en los políticos.

Oigamos á *Volney*: "Se establecerá de pueblo á pueblo un equilibrio de fuerzas que, conteniéndolos á todos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar sus bárbaros usos de guerra y someterá á procedimientos amistosos el fallo de sus contiendas; y la especie entera se convertirá en una gran sociedad, una misma familia, gobernada por un mismo espíritu, por leyes comunes..." El americano *Payne* tiene las mismas esperanzas, dice que el círculo de la civilización es incompleto, que se ha detenido en la reunión de los hombres en sociedades particulares, pero que estas sociedades viven aún entre sí en el estado natural, sin principios y sin leyes, haciendo cada una lo que puede y lo que quiere. El progreso no puede detenerse en esta semibarbarie. Y no se oponga la imposibilidad de asociar á los pueblos: "Si hubiéramos podido ver, dice *Payne*, al género humano en su primer estado de barbarie, no habríamos dejado de decir que era imposible verlo llegar á este estado de civilización á que, sin embargo, ha llegado. Indudablemente debió ser tan difícil, por lo menos, influir sobre el ánimo feroz de los primeros hombres como lo sería hoy modificar el espíritu de las naciones; ahora bien, puesto que, á pesar de tantos obstáculos, el

(1) *HERDER, Briefe zur Beförderung der Humanität I, número 41.*

primer cambio ha tenido lugar, ¿por qué perder la esperanza de que el otro se realice?" (1).

Estas esperanzas debieron parecer bien quiméricas cuando estalló la revolución. El gran movimiento que había de realizar los deseos pacíficos de la filosofía precipitó á Europa en una guerra universal. Sin embargo, los hombres imbuidos en las ideas del siglo XVIII no desesperaron; vieron, por el contrario, en el nuevo régimen nuevos motivos de esperanza. Dejemos la palabra á uno de los más nobles representantes de la filosofía y de la revolución. *Condorcet*, en vísperas de perecer víctima del terror, no abandonó la causa de toda su vida, como han hecho en nuestros días hombres de poca fe y de poco corazón; en el momento mismo en que la revolución pedía su cabeza, él celebró los progresos que aquélla debía realizar: "Los pueblos recobran el derecho de disponer por sí mismos de su sangre y de sus riquezas; poco á poco aprenderán á mirar la guerra como el azote más funesto, como el mayor de los crímenes. Primeramente se verán desaparecer aquellas á que los arrastran los usurpadores de la soberanía de las naciones por pretendidos derechos hereditarios. Los pueblos sabrán que no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad. Poco á poco se disiparán las preocupaciones comerciales; el falso interés mercantil perderá el espantoso poder de ensangrentar la tierra y de arruinar las naciones, so pretexto de enriquecerlas. Desaparecerán las causas que producen, envenenan y perpetúan los odios nacionales. Instituciones mejor combinadas que esos proyectos de paz perpetua, que han ocupado los ocios y consolado el alma de algunos filósofos, acelerarán los progresos de esta fraternidad de las naciones, y las guerras entre los pueblos, como los asesinatos, se contarán en el número de esas atrocidades extraordinarias que humillan y sublevan la naturaleza..."

(1) *PAYNE, Carta sobre los asuntos de América, dirigida al abad Raynal.*

Como se ve, la idea de la paz ha adelantado desde los escritos de Saint-Pierre; el buen abad se inspiraba únicamente en la caridad; olvidaba los derechos de los pueblos, olvidaba la libertad, y no tenía en cuenta las malas pasiones de los hombres. De aquí el ridículo que iba unido á sus proyectos. Las esperanzas de *Condorcet* tienen un carácter más grave, más serio: se conoce que el autor ha pasado por la revolución. No se dirige ya á los reyes, sino á los pueblos: si los príncipes en su egoísmo, prefieren la guerra á la paz y sus beneficios, no sucederá lo mismo con las naciones. *Condorcet*, al morir, tiene acentos proféticos cuando exclama que los pueblos no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad. La Francia ha pagado cara la experiencia de esta verdad: ¡aprovéchenla las naciones que quieren ser libres! Otros muchos intereses favorecerán la paz. Hay una consideración que hubiéramos querido encontrar en *Condorcet*, y es que, reemplazando al poder real el principio de nacionalidad, las guerras no tendrán ya razón de ser. El germen de esta idea fecunda existe en los sueños de *Mercier*. Dios mismo ha asignado á los pueblos un territorio limitado naturalmente, como el cuerpo de cada individuo: este es el instrumento y el teatro de su actividad. Cuando las naciones hayan conquistado su independencia, cuando los imperios artificiales y las creaciones arbitrarias de la antigua diplomacia hayan desaparecido, entonces se podrá hablar de paz perpetua. ¿Quiere esto decir que la guerra dejará de manchar la tierra? *Condorcet*, por muy alta idea que tuviese de la perfectibilidad humana, no lo esperó. Las pasiones dominan á las sociedades, lo mismo que á los individuos. Aun suponiendo, lo que es muy problemático, que se llegue á organizar una justicia internacional, sus fallos serán ó podrán ser una declaración de guerra. La lucha no cesará, pues, pero las guerras impías que han manchado la era de la monarquía llegarán á ser imposibles con el reinado de las naciones.